

pues, en la persona del arrogante tribuno que acaba de resucitar los más bellos días de Roma. Así viene a comprobarse que no era ilusión aquella dictadura democrática que yo presentaba, según tantas veces lo dije en estas columnas, y que no iba desacertada mi filosofía histórica. La libertad latina, la democracia romana, tienen esa característica, que es la nuestra también, por razón de la índole. Individualismo: he aquí su fórmula sintética. Vale decir, apreciación y adopción personales de los postulados de verdad, razón y justicia, conforme le vengan bien a cada uno; pues si cada cual tiene derecho de elegir a su medida la ropa y el calzado, ¡cuánto mayor no lo poseerá para darle normas de conformidad a su espíritu! La democracia mayoritaria es un atentado permanente contra la libertad individual.

Pero la invasión bárbara ha perfeccionado su sistema, creando el deber jurídico: otro invento alemán como el socialismo congénere, cuya sarna de raposa acaba de raerle a Italia la mano tribunicia de Mussolini. Ese instrumento, de procedencia tan sospechosa para la libertad, es el que se nos aplica con la obligación del sufragio. Veamos en pocas líneas cómo lo ha aceptado el país.

El censo electoral revela un cuarenta y cinco a cuarenta y siete por ciento de iletrados que tienen obligación de votar: vale decir, de aplicar una ley que, siendo un instrumento escrito de mucha complicación, no pueden ellos conocer sino de oídas. Los escrutinios indican a la vez que sólo vota en término medio el sesenta y cinco por ciento del total de los inscriptos, pero que esta cantidad comprende a la gran mayoría del electorado analfabeto.

Quiere decir, pues, que no sólo es éste quien elige, en suma, al Gobierno, sino que los otros, a los cuales se presume con razón mayor conciencia, carecen de interés para hacerlo. Por lo demás, la misma afluencia de iletrados comprueba, y es cierto, que los conducen como a una recua venal;

En lo sucesivo—señores agentes y suscritores de provincias—sírvanse remitirme *invariablemente* los fondos bajo *cubierta certificada* o en forma de *giro postal*; que sin ello suelen perderse.

El costo del certificado, o del giro, lo incluirán en la suma que me remitan.

El Editor del REPERTORIO

de suerte que a la inmensa mayoría del pueblo no le interesa gobernarse en tal forma. Trátase de un artificio repugnante a su índole, y que en lo concerniente a la responsabilidad se ha vuelto perfectamente inicu.

Deben pasar, en efecto, del millón los electores que han dejado de cumplir con su deber, sin sufrir el proceso concerniente. No habría jueces que dieran abasto para corregir un delito al cual, por otra parte, nadie atribuye importancia. Los únicos realmente obligados son, pues, los funcionarios, pasibles de exoneración por tal causa, conforme a un decreto inspirado en el más austero deber jurídico, y aun cuando la Constitución prescribe que la idoneidad es la condición única para

desempeñar empleos: con lo cual el sistema demagógico del electorado a sueldo, encamínase rápidamente a la perfección.

La crisis de la democracia mayoritaria es, pues, aguda acá también. Trataré de estudiarla bajo otros aspectos en un artículo próximo, pues deseo ejercer a conciencia la representación del electorado en blanco, cuyo candor simboliza, por lo menos, un voto de castidad. Y abrigo la esperanza de hacer ver así al lector que en la libertad latina está el verdadero porvenir de la democracia, y que a despecho de su siniestra reacción la barbarie no fué derrotada en vano.

(La Nación, Buenos Aires)

El silencio espiritual de la Iglesia

POR FERNANDO DE LOS RÍOS

LA CRISIS DE LA EDAD MEDIA: HEGEL

CUANDO Hegel trata de la Edad Media en su Filosofía de la Historia, intenta explicar la crisis que dió origen a dicha Edad subrayando el valor específico de tres reacciones que tienen lugar en aquella época: la insubordinación de las naciones contra la unidad del imperio franco, la rebeldía de los individuos contra el poder del Estado y la de lo mundano contra lo espiritual. En esta última reacción, la Iglesia, por haber sido a su vez mundanizada, deserta, dice Hegel, de la posición que debería haber tomado y secunda la dirección realista.

En efecto, las pobres voces de los grupos más fervidamente anhelantes, fueron ahogadas; aquellos *Catharos* o puros que aspiraron a un retorno a las prácticas evangélicas acuciados por ansias de religiosidad íntima, sufrieron toda suerte de persecuciones sangrientas. Y sólo porque no afectaba a la Iglesia, ni en el dogma ni en la estructura política, permitióse a San Francisco y a Santo Domingo sus predicaciones y la fundación de órdenes mendicantes. Pero ellas planteaban en realidad a Roma una cuestión que jamás ha querido decidir: ¿El Evangelio implica una vía a seguir en la vida cotidiana?, si así es, ¿dónde está la verdad?, ¿en la pobreza de franciscanos y dominicos o en la pompa y fastuosidad del romanismo?

Y ese silencio de la Iglesia fué particularmente importante si se considera la trascendencia que en el orden económico tuvo su mundanización, al relegar a lugar secundario su hostilidad al contrato de préstamo con inte-

rés así como su noble y tradicional apego a la fraterna concepción del mutuo. En su virtud el derecho que había de servir al montaje de un régimen de explotación anticristiano, comenzó rápidamente a desenvolverse en medio no del mutismo, pero sí de meros ataques formularios de la Iglesia.

LA MUERTE DE LA ASAMBLEA

Es que al creyente se le había ido sustituyendo por los que podríamos llamar con toda justeza sus representantes. Se temía a la conciencia del crédulo, porque toda conciencia religiosa, fatalmente, tiene que ser una conciencia vivaz, inquieta, mal avenida con cuantas fórmulas tiendan a apresar en conceptos, de un modo definitivo y universal, la trémula aspiración o el dramático sentimiento que constituye el hogar metafísico de la religiosidad; y como se le temía, se le fué reduciendo a silencio, y así ha llegado la Iglesia a esta su situación actual, por virtud de la cual habiendo comenzado por serlo todo la asamblea de los creyentes, ha terminado por no ser nada, ni aún la de sus representantes.

Quisieron éstos levantarse en los Concilios de Constanza y Basilea declarando al Concilio Ecuménico superior al Papa y con autoridad para deponerle, mas el empuje del renacimiento del Derecho romano y la fuerte tendencia oligárquica que de siglos atrás venía acentuándose en el Derecho Canónico les arrolló, y bien pronto el Papado reanudó su marcha, que había de conducirlo a la plena anula-